

Baldomero Sanín Cano, testigo de nuestro tiempo

SI tuviera la insólita pretensión de intentar la definición de Baldomero Sanín Cano, lo calificaría como testigo de nuestro tiempo. Nacido en Rionegro, departamento de Antioquia, el 27 de junio de 1861, murió en Bogotá el domingo 12 de mayo de 1957.

Frecuentó a varias generaciones políticas y literarias, presencié la ascensión y caída de diversos regímenes, estudié adentro y afuera de su patria sin alcanzar nunca ese punto de cansancio y desaliento que anquilosa a otros hombres de letras más jóvenes. Era un prodigioso ejemplo de vitalidad antioqueña que tuvo un admirable modelo en su padre, don Baldomero Sanín Vera. Perdió a la madre al enterar cinco años y eso, según sus propias palabras, le suscitó una infancia "inevitablemente triste".

En su precioso libro *De mi vida y otras vidas* (1949) narra las experiencias juveniles transcurridas en Rionegro y añade estas iluminadoras frases: "En mi niñez oía con frecuencia el relato de escenas venturosas y desventuradas de aquella lucha en que triunfaron los ideales en que tuvieron fe mis padres y los antecesores de mis padres". Sanín Cano fue siempre un liberal de tipo europeo, más bien de raíz anglosajona, pero tuvo alternativas en que sus preferencias personales y muchos de sus amigos fueron conservadores. Consiguió un sorprendente sincretismo que lo hizo decir recientemente lo que copiamos: "Mis principios en política son que la línea recta no es el camino más corto entre dos puntos; que el todo no es igual a la suma de las partes; y me parece también que 2 y 2 suman 4; pero no estoy absolutamente seguro". La frase no es original, sino de Paul Louis Courier, pero Sanín Cano la adaptó como reactivo contra los que se apresuraban a apoderarse de su personalidad con finalidades mezquinas.

En los últimos años, cuando lo frecuenté en Popayán, residía por largas temporadas en el palacio señorial de Guillermo Valencia, "Belalcázar", donde los descendientes del insigne autor de *Ritos* le construyeron al ensayista un generoso hogar que compensaba su viudez. No está de más añadir que Guillermo Valencia y Sanín Cano cultivaron una íntima amistad que duró más de cuarenta años. Mientras Valencia, desaparecido en 1943, murió a los setenta años, su invariable admirador se detuvo en el límite de los noventa y seis.

Don Baldomero viajó bastante en su larga existencia. En 1909 se estableció en Londres y durante 14 años permaneció en Europa trabajando sin tregua en labores literarias muy bien remuneradas, lo que le permitió moverse con desembarazo por distintos países. Fue sucesivamente profesor universitario, traductor, colaborador de diarios y revistas, corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. En esta ciudad se instaló entre 1925 y 1936 "en diferentes oficios y empeños". Los argentinos Alberto Gerchunoff, Antonio Aita, Enrique Larreta, Samuel Glusberg, más conocido por su seudónimo de Enrique Espinoza y Leopoldo Lugones han quedado apresados entre las móviles imágenes de su autobiografía.

Tengo un pintoresco recuerdo de una estada breve de Sanín Cano en Santiago. Pasaba hacia Buenos Aires o regresaba de esa ciudad. La Embajada de Colombia le improvisó una comida en el Club de la Unión, a la cual se invitaron a dos o tres amigos chilenos del humanista. El ágape se iba a realizar a las nueve y Sanín Cano se olvidó inesperadamente del compromiso contraído con Armando Solano, malogrado escritor que desempeñaba entre nosotros el cargo de primer secretario de la Embajada de Colombia.

Armando, lleno de preocupación y, por fin, de justificada alarma, persiguió a don Baldomero por el Hotel Carrera primero y luego por todos los restaurantes de la capital. Por fin, cuando faltaba un cuarto para las diez de la noche, encontró a Sanín Cano en el Restaurant La Bahía, donde terminaba de servirse una opípara cena. Con inusitada presteza recordó el convite y lo condujo rápidamente al recinto del agasajo. Sanín Cano saludó a los presentes con gran naturalidad, se sentó a la mesa de nuevo y con apetito propio de los veinte años se sirvió todo lo que le ofrecieron en un selecto menú. Posteriormente, en Bogotá, me confirmaron, con diversos ejemplos extraídos de un copioso anecdotario, la singular capacidad pantagruélica del extraordinario antioqueño.

Sanín Cano rehuyó, por lo general, los cargos representativos y consagró su extensa vida al estudio y a la meditación. Su inagotable vitalidad provenía de diversos factores; sus retiros periódicos en Popayán, región de buen clima y propicia a la paz espiritual, los cuidados que le prodigaban los amigos y singularmente los Valencia y, por fin, su naturaleza perteneciente a una raza muy vigorosa y fecunda en ejemplares de increíble reciedumbre física.

Así como la biografía de Sanín Cano es pobre en actuaciones de carácter espectacular, aparece, en contraste, de gran complejidad intelectual. No se parece a ninguno de los grandes ensayistas de su tierra y a muy escasos de Hispanoamérica. Poseía una inmensa erudición y dominaba numerosas lenguas modernas, aparte de su conocimiento de los clásicos antiguos y españoles. Pero no encajó nunca en el tipo tradicional de la cultura colombiana. No se parecía ni a Gómez Restrepo, hispanista e historiador de las letras nacionales, ni a don Marcos Fidel Suárez, también antioqueño, de fidelidades clásicas y estilista eximio, pero algo enclaustrado en un casticismo exagerado, ni a su paisano montañero, don Antonio José Restrepo, que vivía cultivando las palabras regionales y sabrosas. Los antioqueños han contribuido notablemente a la evolución del castellano en Colombia, por la acción incomparable de Tomás Carrasquilla, que desarticuló totalmente la ortodoxia servil con relación a los clásicos de la len-

gua e incorporó las formas populares a su estilo de gran colorido narrativo. A su lado habrá que incluir, desde ahora, a Sanín Cano. Prefirió el ensayo periodístico a las muy largas divagaciones del sabio. Acomodó su prosa al ritmo moderno y prefirió la concisión, la claridad y el nervio en la exposición, a las envejecidas cláusulas y a la perfección enrarecida y parsimoniosa. Sanín Cano siguió escribiendo a diario con rara lucidez y enorme dominio de las corrientes modernas de la literatura, de la ciencia y de la filosofía. Su lenguaje poseía el austero esquema impuesto por su conocimiento de la filología. Nunca fué verboso y rehuyó ese regodeo a que son adictos tantos colombianos de ayer y de hoy. Además encaja en la línea anglosajona del pensamiento más que en la latina o en la española. Por esto también su estilo no se deja influir por lo retórico y en el admirable libro *De mi vida y otras vidas* existe una inexorable fidelidad a los principios de la inteligencia más que a la evocación puramente sentimental o traspasada por lo lírico. Algunos le han reprochado cierta sequedad, un inalterable ritmo objetivo y discriminador de ideas antes que el uso o abuso de los floripondios metafóricos. Parece un ensayista inglés o norteamericano perdido entre la vocinglería de las improvisaciones o entre tanto ruido perturbador.

La mayoría de los trabajos escritos de Sanín Cano, de los cuales se podrían reunir unos veinte volúmenes, anda extraviada entre los diarios y revistas posteriores a 1895. El escritor tuvo sus grandes admiraciones y se formó al lado de enormes personalidades, como José Asunción Silva, de quien fué amigo, Guillermo Valencia, compañero de cuarenta años de ruta común, Antonio José Restrepo, Rafael Uribe, Fidel Cano, James Fitzmaurice-Kelly, Roberto Cunningham Graham, Leopoldo Lugones, Jorge Brandés, Darío Nicodemis, Robert Cecil, Enrique Larreta, Painlevé, Gilbert Murray y muchos más. Nunca envejeció su sensibilidad y el último trabajo que me remitió era un ensayo sobre la poesía nueva de Colombia, aparecido en Syracuse, Estados Unidos, en 1949. Al morir, sus amigos del grupo intelectual "Mito" preparaban la publicación de su único libro de imaginación pura, que se

titularía *La pesantez de la belleza y otros cuentos*. No es el momento de avalorar el inmenso significado de la acción desarrollada por Sanín Cano en las letras hispanoamericanas, pero su ejemplo merece el fervoroso reconocimiento de varias generaciones. Se le ha llamado el colombiano universal por la macidez de sus ideas, por el alcance cosmopolita de su enseñanza, por el escaso apego que tenía a las formas del costumbrismo y criollismo imperantes en un gran sector de la literatura colombiana.

En su país existe la costumbre respetuosa y que revela un residuo de buenas maneras clásicas, de designar con el nombre de "maestro" a un gran escritor o a un poeta de hondo significado patrio. Han sido bautizados con ese apelativo cariñoso y en forma sucesiva Guillermo Valencia, Rafael Maya, Sanín Cano y Tomás Carrasquilla, y entre los jóvenes, el inquieto y simpático vate, Eduardo Carranza. Creo que también Luis López de Mesa ha conquistado tan serio galardón en la sensibilidad popular colombiana. Pero indudablemente que Sanín Cano merecía como nadie su jerarquía de director espiritual, porque alcanzó junto con su paisano antioqueño, Tomás Carrasquilla, tan honrosa designación conferida por la calle. Ya dije que con Carrasquilla sacó a la prosa de su tierra de la contracción académica, del raquitismo casticista que, a veces, en Suárez, a pesar de sus enormes virtudes estilísticas, se envuelve en pesados ropajes arcaicos. Lo que alcanzó Carrasquilla en su poderosa capacidad receptiva del habla vernácula y en la pintura de los "paisas" antioqueños, montañeros y maiceros, lo consiguió Sanín Cano de lecturas universales y de una visión diversa de los fenómenos literarios. Prefirió dirigirse a la gran masa de lectores, al hombre corriente, al lector esparcido en la vasta amplitud continental.

Nunca rehuyó el empleo de las palabras nuevas, de los anglicismos y galicismos justos que las necesidades del idioma imponen con celeridad. Tampoco abusó de las citas y el caudal bibliográfico aparente de sus libros es pobre. El erudito nuestro suele aplastar al artista o al intérprete de la realidad histórico-cultural. Los escasos volúmenes de Sanín Cano ostentan una prosa transparente, a veces demasiado escueta, pero

nutrida por una rara savia interior. Es la que proviene de un humanismo sólido y de proyecciones mentales que pocos son capaces de sostener. Por eso también, el periodismo continental tiene en él a un maestro genuino y auténtico, de vocación colombiana e hispanoamericana. No existe en un continente proclive a las improvisaciones frenéticas un ejemplar más eximio de polígrafo. Puede compararse y codearse con individuos de la talla de Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas y Pedro Henríquez Ureña. Pero habría que decir algo más: la visión literaria de su patria aparece algo recordada en Sanín Cano. Su libro sobre *Letras colombianas* dejó algo de desencanto en los lectores. Más bien semeja un conjunto de ensayos ensamblados sin unidad en una superficie donde no existen perspectivas ni la menor relación entre uno y otro escritor. Son de más solidez sus ensayos sueltos: el insuperable dedicado a Guillermo Valencia, el consagrado a Rafael Maya, a Germán Arciniegas o a Camilo Echeverri, a quien bautiza como el humorista frustrado. Quizá en este juicio mío que coincide con el de algunos colombianos domine un error de perspectiva, porque al escritor nunca le interesó enjuiciar en conjunto al desenvolvimiento literario de Colombia, como lo intentó de manera objetiva e imparcial don Antonio Gómez Restrepo en su inconclusa *Historia de la Literatura Colombiana*. El temperamento de Sanín Cano lo dispersó en investigaciones filológicas, sociales y críticas que se escapaban de lo nacional de su país. Por eso también pudo gozar del renombre hispanoamericano que tuvo en vida y se consolidará después de sus días.

La producción capital de Sanín Cano se halla incluida en escasos volúmenes, porque, como dije, antes que nada fué un gran periodista, un lujoso cronista que derramó su talento en innumerables publicaciones. Sus obras básicas son las siguientes: *La civilización manual y otros ensayos* (1925); *Indagaciones e imágenes* (1926); *Crítica y arte* (1932); *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934); *Letras colombianas* (1944); *De mi vida y otras vidas* (1949); *El humanismo y el progreso del hombre* (1955) y *La pesantez de la belleza y otros cuentos* (1957).

Don Baldomero, al morir, entrega un legado perdurable y valioso: el de su vocación humanística. En un pueblo de poetas y de ensayistas, de filólogos y novelistas, supo colocar un acento desconocido en su época y contribuyó, como nadie, a desvanecer el provincianismo cultural imperante a fines del siglo XIX. Primero fué el heraldo crítico del modernismo dando su justa proporción a José Asunción Silva y a Guillermo Valencia. Después acaudilló insensiblemente a esas generaciones de ensayistas que

produjeron valores tan sorprendentes como los de Luis López de Mesa, Germán Arciniegas, Armando Solano y Hernando Téllez. Por fin, su nombre, ya glorioso, encendió la esperanza de los que acechaban liberación de su tierra, que coincidió extrañamente con su muerte. No es tampoco una circunstancia fortuita su enorme amistad con Guillermo León Valencia, hijo predilecto del gran poeta que apadrinó Sanín Cano en 1914 cuando prologó la edición londinense de *Ritos*.